

XXIV

Metida en un coche de alquiler, entre las primeras brumas de la noche, la señora de Bonmont volvía con el corazón oprimido á ver á *Rara* y á recoger el anillo de amatista. Pero temía alguna desgracia. Cuando el coche, después de pasar el puente de Europa, se paró delante de la puerta de su amigo, la señora de Bonmont vió que la Avenida estaba negra de sombreros y levitas. Había gran movimiento, semejante á una mudanza ó á un entierro. Varios hombres metían en un coche carpetas y legajos. Otros hombres bajaban una maleta, y la señora de Bonmont reconoció el viejo cofre lleno de papel de oficio, en el cual *Rara* había metido tantas veces y tan furiosamente sus brazos velludos y su cabeza arrebatada.

Permaneció helada de espanto cuando oyó que la portera la decía al oído:

—¡No entre usted! ¡Huya en seguida! ¡Es el juez, el comisario, la policía. Han cogido papeles en casa del señor, y lo han sellado todo.

El coche se llevó á la señora de Bonmont, anadada. En el abismo donde se veía caer, al desprenderse de su perdido amor, pensó, sin embargo:

—¿Y el anillo de monseñor Guitrel también estará sellado?

XXV

Hacia tres meses que hablaban de ello. El señor Bergeret contaba en París con amigos que nunca le habían visto. Esos amigos son los más seguros; actúan por razones puramente intelectuales, superiores y absolutas, y son atendidos cuando hacen una recomendación favorable. Los amigos del señor Bergeret opinaron que su sitio estaba en París. Pensaron en llevarle allí. El señor Leterrier se consagró á ello con toda su influencia; y fué un hecho al fin.

Al señor Bergeret le encargaron un curso en la Sorbona. Al salir de casa del decano Torquet, que le había comunicado su nombramiento en los términos más correctos, el señor Bergeret, al encontrarse en la calle, vió las tejas de pizarra, los muros de piedra que tantas veces había visto, la bacía de metal, que se balanceaba sobre la puerta del barbero, la vaca rubia que servía de muestra al lechero, la canal de bronce que arrojaba agua en la esquina de la calle de Josde: y aquellas cosas tan familiares de pronto le parecieron extrañas. Aquellas losas que tantas veces habían sufrido sus pisadas, inseguras por la tristeza ó la fatiga, tal vez aligeradas por un poco de alegría ó de entretenimiento, no las reconocían de pronto sus pies. La ciudad cuyas cimas y campanarios veía elevarse en el cielo gris, le parecía una